

dignos de la obra de los libertadores y capaces de defenderla y conservarla; a renovar sobre esta ara nuestros votos de amistad, con el alma limpia de la herrumbre de toda mala pasión y exaltada y diáfana por la sinceridad.

Y al consagrar esta corona y esta placa al Libertador Simón Bolívar, queremos enviar a sus manes venerables un sencillo mensaje:

Oh! Bolívar, Oh! Libertador, Oh! Padre: Tus pueblos te saludan!

Después de un siglo aquí estamos, como en la tarde de Junín, jurando fidelidad a tus banderas.

Correrán los siglos y los siglos; mudanzas no siquiera sospechadas cambiarán conceptos y costumbres; pero vivirás en el corazón de nuestros hijos, y ellos llegarán a ti para decirte:

Oh! Bolívar, Oh! Libertador, Oh! Padre:
¡Tus pueblos te saludan! (1)

EL DIA EN EL COLEGIO

II

EL VESTIDO

Después de haberos hablado del despertar y del levantarnos de la cama, es preciso que os hable del vestido y del cuidado de vuestro cuerpo, obligaciones que se imponen en la primera hora del día. Es preciso que conozcáis el respeto y el honor que se deben al cuerpo del hombre, pero debéis saber cuál es la medida justa de esa deuda, para que la obligación no se convierta en servilismo, para que el cuidado necesario no se convierta en culto de idólatras. Hay, pues, respecto del vestido y del cuidado del cuerpo, reglas que debéis cono-

(1) El doctor Lozano, orador eminente, escuchó ruidosos aplausos en cada pasaje de su hermoso discurso.

cer y no olvidar jamás, si habéis de ser hombres y cristianos.

En primer lugar, os vestiréis con pudor y con modestia. Para cumplir esta condición, es necesaria completa soledad, a la vista exclusiva de Dios, evitando y temiendo mucho cualquier otra mirada, vuestra mirada misma. Acostumbráos pronto a prescindir para ello de cualquier ayuda extraña, y sobre todo—me dirijo a los más jovencitos—de una mano que no sea la de vuestra madre. Haced que la presencia de Dios os cubra como un velo, y no olvidéis que un espíritu inmaterial, uno de los que cantan el *Sanctus* ante el trono de Dios, se halla a vuestro lado: es el ángel de vuestra guarda. No le obliguéis a sonrojarse y a que se cubra el rostro con sus alas temblorosas.

Vestíos pronto. La mañana, «esa hora casi divina,» como la llama el Dante, no se nos ha dado para el adorno de nuestro cuerpo, con perjuicio de tantas otras necesarias ocupaciones. El hombre digno no necesita detenerse largo tiempo en el cuidado de su persona. El cuarto de hora o la media hora que el reglamento de los colegios de internos destina a los cuidados corporales bastan, de ordinario, a un hombre diligente. Todo cuanto se concediese de más, sería una dilapidación del más rico de los dones de Dios en el orden de los bienes naturales.

Vestíos cristianamente y con el pensamiento en la fe. La fe nos enseña a ver en nuestro vestido el recuerdo del pecado original, el testimonio de nuestra caída, el signo y la imagen de nuestra mortalidad y de nuestra corruptibilidad. No hay, pues, motivo para que estemos orgullosos. Leed lo que acerca de este asunto dice Bossuet, en el sermón de la fiesta de navidad, en que explica de qué manera los pañales del pesebre son

presagio e imagen del sudario del sepulcro. Lo mismo ocurre con el vestido del hombre.

La Iglesia, cuyo espíritu lo sobrenaturaliza todo, ve en el vestido otra cosa todavía. Ella tiene bendiciones y oraciones litúrgicas especiales para el vestido de los sacerdotes, con palabras que convienen también al vestido de los fieles, atribuyendo a cada uno un simbolismo cuya significación nos recuerda el deber de combatir todos los días. El peinado representa la fe: es un casco que protege la frente, morada del pensamiento del hombre. El cinto es salvaguardia de pureza y de penitencia. La blancura del ropaje es muestra de la inocencia del alma. El calzado, en fin, marca la firmeza con que debemos marchar por el camino del deber.

El apóstol san Pablo interpretaba así esos emblemas que constituyen una armadura completa para el soldado de Jesucristo. No tengo necesidad de deciros que llevéis hasta allá vuestros pensamientos al tiempo de vestiros. Tened siempre presente que cuanto más común y vulgar es un acto, mayor cuidado debe tener un cristiano en ennoblecirlo, en espiritualizarlo mediante las consideraciones de la fe: *¡Sursum corda!*

Vestíos de manera digna y conveniente. ¿Qué quiere decir esto? Que hay dos escollos que evitar: el de una negligencia sórdida y el de una afectación exagerada. Entre estos dos extremos ha de encontrarse el hombre digno.

Sí, hijos míos; hay, en lo que al vestido se refiere, una negligencia culpable que ni perdona el mundo, ni excusa la religión, porque la religión es belleza, orden, dignidad y respeto. En la Biblia podéis leer muchas prescripciones de la ley de los hebreos para conservar la pureza del cuerpo al mismo tiempo que la del alma. Del vestido dice el Espíritu Santo en el Eclesiastés:

Omni tempore sint vestimenta tua candida. (Ecl. IX. 8), y los padres de la Iglesia escribieron mordaces invectivas, que no me es dado leerlos, contra los cínicos de su tiempo que pretendieron crear una filosofía teniendo por base el desdén más profundo por toda decencia, tanto en lo privado, como en lo público, pues, de ordinario, no vive la una sin la otra.

Más inexplicable y más inexcusable sería un semejante cinismo en vuestra juventud, en esa edad que se considera la edad de la gracia, del candor y del atractivo, y que se ha comparado a la primavera, a esa estación llena de pureza y de frescura. Y añadido que sería menos explicable aquí, entre nosotros, porque se conciliaría muy mal con las costumbres de la comarca en que habéis nacido, que se honra con una justa reputación de aseo y pulcritud, que es una virtud más que añadir a las muchas otras que tenéis. Ostentad esa virtud tradicional del país en que nacisteis en el aseo inmaculado de vuestro rostro, de vuestras manos, de vuestro vestido, de vuestra persona entera. La falta por vuestra parte, constituirá una degeneración.

No incurráis tampoco en el exceso contrario, en la afectación vanidosa del que se idolatra a sí mismo en el adorno de su cuerpo, y cifra en el culto exterior de su pobre persona sus vanas complacencias. La dignidad de este lugar no me permite describiros la figura del adolescente que, no sólo en la mañana, sino durante todo el día, se contempla, se ajusta, se acicala, se mira al espejo, se perfuma, se alisa el vestido, se sonríe contemplándose, y piensa que dependen del buen corte de su traje, del nudo de la corbata, de la forma del calzado ¡qué digo! del peinado del cabello, su mérito superior y su alta distinción.

El menosprecio universal, trasmitiéndose de siglo en siglo, no ha dejado nunca de acompañar a esos pe-

timetros de todos los tiempos, a esos *trossuli*, a esos *venusti*, cuya única ocupación era el cuidado de su piel, *in cute curanda plus aequo operata juvenus*, de que tanto se burlaban los viejos romanos. Los antiguos griegos nos lo muestran desertando indignamente del combate, como el bello Paris, que a la sola voz de Aquiles emprendió precipitada fuga. Hoy los vemos representados por esos lindos jóvenes de nuestra época, que desertan también de otro campo de batalla, del de la acción viril. Cuando Nuestro Señor hablaba a sus discípulos de aquellos *qui molibus vestiuntur*, los señalaba arrastrando sus vestiduras orientales en el palacio de los reyes, es decir, de aquellos Herodes, enemigos voluptuosos de Dios y de su pueblo. Yo no me atrevería a decir tanto de esos pobres jóvenes de nuestros días, en los cuales ni encuentro condición alguna de hombres peligrosos; es que ni aun hombres me parecen. La antigüedad no veía en ellos más que diminutivos de hombre, y los llamaba *homunculi*, *homunciones*. Ahora somos más caritativos y los llamamos simplemente fatuos.

Pero, en esa fatuidad vemos un doble signo que con motivo nos hace temblar. Es, en principio, un signo de pobreza, de pobreza de espíritu. No hace falta, en efecto, un espíritu grande ni elevado, si se ha de dedicar a cosas semejantes; y por lo tanto, de ordinario, las cabezas de estos jóvenes, si bien agraciadas por fuera, están por dentro huecas, vacías. Es además signo de malicia. En justo castigo, esos idólatras de su cuerpo se convierten en esclavos del mismo, y su culto afeminado termina por ser algunas veces una profanación. Una vez más, hijos míos, me hace temblar la voz de San Pablo que grita: *Nolite errare, neque molles regnum Dei possidebunt.*

A este respecto la historia y la geografía nos suministran una observación que pienso no se os habrá

escapado. No hay, que yo sepa, entre todos los hombres, más que dos clases de pueblos que se vistan fastuosamente, y que hagan ostentación del brillo de sus vestiduras: los pueblos niños y los pueblos salvajes; las razas de la edad media y las tribus de la India o de la Oceanía. En la edad media, los hombres ricos se cubrían con sedas, rubies y penachos. Lo mismo ocurre hoy con las razas degeneradas del Oriente. Y en cuanto a los indígenas de América y de las islas oceánicas, es su mayor motivo de envanecimiento ostentar en su exterior colores chillones, objetos de vidrio y plumas diversas. En cambio, los pueblos civilizados, como los europeos, se visten con sencillez. Cuanto más civilizados, más se separan de la afectación. Y notad, hijos míos, que las personas distinguidas son siempre aquellas cuya apostura es más modesta. En ellas la magnificencia ha pasado de fuera a dentro. Brilla en ellas la inteligencia, y este resplandor espiritual les dispensa de buscar otro que disminuiría su importancia. Entre esta clase de hombres debéis elegir, hijos míos, el modelo digno de ser imitado.

Vuestra elección está ya hecha. Entre la negligencia que acusa a la vez falta de orden, falta de compostura y falta de gusto, y la afectación que indica pobreza de espíritu y afeminación del corazón, hay un justo medio de honestidad y decencia en el que la religión os coloca marcándoos el sello de la verdadera distinción. No os pido, hijos míos, que vistáis con elegancia, sino que vistáis con decencia, con decoro y con corrección: *ni hirsutus, ni comptus*, sino simplemente *honestus*. Deseo que, colocados en el justo medio de que os hablo, se reconozca en vosotros lo que suele llamarse un hombre decente. Deseo, sobre todo, que se os reconozca como discípulos nuestros, y que vuestra apostura constituya uno de los frutos de nuestra educación, que no

sería completa, si no imprimiese su marca de fábrica por fuera, como lo hace por dentro.

Y más que nada, deseo, hijos míos, que por esa marca se reconozca en vosotros al cristiano. A los ojos del cristiano, el cuerpo es una casa de lodo, y es preciso tener gran cuidado en no dejarse aprisionar por la baja y envilecedora cautividad de los sentidos; pero, al mismo tiempo, la Escritura proclama que el cuerpo del hombre es un templo consagrado por los sacramentos y al cual es preciso respetar a causa de la presencia del Espíritu Santo que lo habita invisiblemente. Este doble aspecto bajo el cual podéis considerarlo domina y aclara todo cuanto acabo de deciros.

Sobre esto tienen sentencias admirables los Sagrados Libros: *In vestitu ne glorieris unquam*, está escrito en uno de ellos (Ecch. XI, 4). No vanidad, sino dignidad. Cuando Jesucristo Nuestro Señor habló del vestido del hombre, lo hizo empleando la imagen delicada y pura de un lirio: «¿por qué os apuráis por vuestro vestido?—preguntaba a sus discípulos.—Considerad los lirios de los campos, y ved cómo crecen. El mismo Salomón con toda su grandeza, jamás estuvo vestido como uno cualquiera de esos lirios.» ¡El lirio de los campos! es decir, esa flor sencilla, esa flor inmaculada: ved en ella, en efecto, la imagen de lo que debe ser el vestido del hombre.

San Pablo, al establecer las reglas de la vida cristiana en la Iglesia primitiva, dice que es necesario que los fieles se presenten ante Dios cuidadosamente vestidos, *in habitu ornato*, y que este cuidado sea dirigido por las leyes de la decencia y del recato: *cum verecundia et sobrietate ornantes se*. Nada de artificiosos peinados, *non intortis crinibus*; nada de objetos de oro, como botones, broches, alfileres; nada de brillantes ni ni de joyas, que tan mal sientan al hijo de la cruz.

Nada de esos vestidos de efecto, que no tienen más mérito que el de costar más que los demás, *vel veste pretiosa*. Si es un templo, como afirma la Escritura, el cuerpo del hombre, no sobrecarguéis su estructura con chucherías, con baratijas que hacen agravio a su dignidad. Tales son los consejos del Apóstol. Es preciso hacer constar que los consejos que a la decencia se refieren, los dirige San Pablo a las mujeres, pensando que los hombres no tienen necesidad de ellos. A los hombres—dice—les basta recordar que lo son: *¡Esto vir!*

Y ya que las palabras del Apóstol me han hecho hablar del cabello, voy a deciros sobre esto la viril prescripción del padre Lacordaire. Dice que ha de ser corto por delante y por detrás, sin bucles, sin melenas parecidas a las que ostentan los personajes de teatro: «Ved,—escribe en una de sus cartas a un joven,—las antiguas figuras de los cónsules romanos; las orejas, la frente y el cuello están descubiertos. La cabeza aparece en su forma natural...» Y concluye diciendo que, cuando menos, estamos obligados a aparecer como aquellos cónsules.

En cuanto al vestido, hijos míos, el que aquí tenéis la obligación estricta de llevar los domingos y días festivos es de muy buen gusto. Creo que no hay necesidad de que os diga en cuánto estimamos el cumplimiento de esa obligación. Pero lo que sí debo deciros muchas veces, es que debéis llevar el uniforme con justo orgullo. Cuando paséis con él por la calle, cuando aparezcáis con él en cualquier sociedad, es preciso que se sepa que vuestro uniforme simboliza el honor, la decencia, la religión y la distinción verdaderas, y que en sus pliegues pueden ser saludadas todas esas santas y grandes cosas. Ese uniforme que es, en Francia, el de todos los colegios semejantes al nuestro, ha sido llevado por todo lo más noble y más cristiano de este

país. Sin salir de la ciudad, ha sido desde hace quince años el vestido de toda una juventud que ha conseguido grandes triunfos en todas las carreras liberales y en el combate por el bien. Algunos de nuestros discípulos lo dejaron sólo al dejar la vida, o, mejor dicho, no lo dejaron nunca. Sus familias miraron como una honra, como un consuelo, como una bendición, vestirlos después de muertos con el traje que tanto les honrara en vida; y de este modo lo llevaron en el ataúd y en el sepulcro; no lo abandonaron hasta que lo cambió Dios por un vestido de gloria.

Terminemos con un hermoso ejemplo. En la vida de santo Tomás de Aquino se cuenta que, a la edad de dieciocho años, la de los mayores de este colegio, encerrado el Santo en el castillo paterno de Rocca Secca, rechazó con pudorosa indignación la seducción que intentaron cerca de él sus perversos hermanos para destruir de un solo golpe su pureza y su vocación religiosa. Cayendo de rodillas, pidió al Señor, con lágrimas en los ojos, la gracia de una castidad inquebrantable, inmaculada, que permitiese a su corazón y a su inteligencia remontarse libremente hacia El todos los días de su vida. Dios le envió un sueño estático durante el cual vio la siguiente maravilla: dos ángeles descendieron del cielo: «el Señor—le dijeron—ha escuchado tu plegaria.» Y después, aproximándose hasta él, ciñeron su cintura cual la de un atleta victorioso, con un cordón divino: «venimos—le dijeron—por mandato de Dios a ceñir tu cuerpo con el cordón de la castidad perpetua. Jamás se separará de tí este cingulo (1).»

El Angel de las Escuelas llevó aquel cordón misterioso hasta el último suspiro. Después de su muerte se hicieron cordones semejantes que fueron distribuidos

(1) GUILLERMO DE TOCCO. *Vida de Santo Tomás*, cap. II.

principalmente entre las escuelas y las universidades. Con el nombre de Milicia Angélica, se fundó en Lovaina una cofradía que se obligaba a llevar siempre aquel emblema de castidad, y en la cual se alistó toda la juventud estudiosa del mundo católico. San Luis Gonzaga fue uno de sus miembros. Los papas honraron con favores especiales tal devoción, y León XIII la recomendó a las escuelas de nuestros días (1).

¡Ojalá fuerais vosotros, hijos míos, revestidos por los ángeles con ese hábito de pureza! ¡Ojalá pudierais formar como santo Tomás de Aquino una milicia de ángeles, obteniendo, mediante la santa armadura de la castidad, muchas y muy nobles victorias; y, siguiendo el ejemplo del Ángel de las Escuelas, merecer la bienaventuranza prometida a los corazones puros: ¡la de ver a Dios sin nubes, la de amarle sin fin!

MONSEÑOR BAUNARD

ACTOS OFICIALES

Provisión de becas

Extracto del acta de la sesión de la Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de fecha 9 de febrero de 1924.

...La Consiliatura examinó detenidamente los expedientes en que se solicita colegiaturas o becas oficiales y después de maduro examen y de acuerdo con las Constituciones del Colegio y con las reglas aprobadas por la Consiliatura misma, dictó por unanimidad el siguiente

(1) *Breve de S. S. León XIII* (4 de agosto de 1880).